

Nuevas presencias, viejas configuraciones. Actores sociales y escenarios de la comunicación

Rossana Reguillo.....

En Occidente, sin embargo, hemos heredado un testimonio autoritario que siempre ha visto con horror la fragmentación y la movilidad culturales. Al repudiar los tiempos y culturas discontinuas de la ciudad, el comercio y la modernidad, esta tradición crítica ha buscado de manera perseverante alternativas radicales en la supuesta continuidad de las culturas populares, en las costumbres "auténticas" y en las comunidades "genuinas".

Iain Chambers

A los jóvenes, centro de mis reflexiones y de mis esperanzas

Es inevitable, por más que se intente escapar al clima milenarista que marca el reloj occidental, estamos atrapados por una serie de rituales de introspección que demandan la revisión de lo que ha sido y lo que será, desde el umbral de un presente en crisis. Sin embargo, más allá del simulacro que puede representar la utilización del 2000 como pretexto de sentida constricción, arrepentimientos varios y promesas de cambio, hay en estos momentos, razones de peso para intentar una revisión de fondo de los saberes, senti-

mientos y procederes que nos han traído hasta esta orilla de la historia y parecen colocarnos ante la falsa disyuntiva de conservarlo todo o todo transformarlo.

Si en el final del siglo XIX se desencantaron las imágenes religiosas del mundo, el siglo que termina nos deja varios desencantos y muchas interrogantes: la ciencia y la técnica propias de la sociedad industrial del siglo XX, se enfrentan al cuestionamiento y a la crítica por las promesas incumplidas; los sistemas políticos tradicionales caen en el descrédito y se ven rebasados por la sociedad; las imágenes que definieron los roles masculinos y femeninos no corresponden ya con la organización social del mundo actual; los grandes medios de comunicación le disputan a las instituciones tradicionales el papel protagónico en los procesos de socialización y se constituyen en los espacios claves de la política; la precarización del empleo, el aumento brutal de las desigualdades; el regreso de fundamentalismos de muy distinto cuño y la sensación generalizada de que "el tiempo se acaba", son elementos que configuran el territorio —más allá de la catástrofe o del Apocalipsis—, desde el cual hay que plantear las preguntas urgentes

de la comunicación. Quiero proponerles un ejercicio, acercarnos a estas preguntas mirando a los actores, es decir a la gente, a las instituciones, a los movimientos sociales y a los escenarios que son simultáneamente el marco y la condición de la acción comunicativa y que en esta mirada nos deslicemos en el tiempo como Penélope, la esposa de Ulises, haciendo y deshaciendo la labor, no como quien se entrega al destino fatal de la espera, sino como quien es capaz de suspender el tiempo, para retener creativamente el pasado e imaginar el futuro y para ello se adueña del presente sin ceder al chantaje de sus "pretendientes", es decir, el olvido.

Se trata, en síntesis, de mirar en torno a quiénes y sobre qué lugares, la comunicación, como espacio de entrecruces entre saberes, prácticas y oficios, ha ido construyendo el mapa de sus preguntas. Para ello, es necesario explicitar las coordenadas que orientan este viaje.

En primer término, no es para nada obvio que preguntarse por los actores y los escenarios de la comunicación tenga sentido. ¿Por qué plantear esta pregunta, por qué no otra? Aunque las respuestas unívocas son peligrosas y

pueden resultar autoritarias, me parece que una explicación al sentido de esta pregunta, pasa centralmente por la preocupación en torno a dos elementos, que en este fin de siglo, se constituyen en los ejes centrales de la transformación social: la "gente" y el espacio. Proponer una reflexión en torno a estos aspectos, es aceptar el desafío que, una sociedad en acelerados procesos de reconfiguración y las radicales transformaciones en nuestra concepción del espacio, es decir, del mundo como síntesis de personas, eventos y lugares, le plantean a la comunicación. Así pues, sociedad y mundo como espacio de posibilidad de los acontecimientos, se articulan al tercer elemento de nuestra cartografía: el tiempo, al que entenderemos de una manera simplificada como "el transcurso y sucesión de acontecimientos y de su trama" (Santos, 1997).

Una segunda cuestión, es la necesidad de enfatizar que el tiempo, el espacio y la organización social, son construcciones históricas, por tanto culturales, lo que supone que las preguntas que aquí nos formulamos, ustedes y yo, están necesariamente ancladas en una manera de entender y de nombrar el mundo. Sin embargo, cuando pensaba en la composición mayoritaria de este auditorio, se me aparecía de manera recurrente la espléndida película de Adolfo Aristarain, "Martín (Hache)", y recordaba la imposibilidad de comunicación de la escritura (una carta) para hablar con su hijo de sus fracasos y de sus miedos; mientras Martín, le entregaba un video en el que le hablaba al padre de su tristeza, su desasosiego, su esperanza. ¿Será entonces que este tiem-

po-mundo, del que hablan los grandes pensadores contemporáneos nos coloca ante la emergencia de sensibilidades múltiples y de la coexistencia simultánea de formas de comprensión y comunicación que no encuentran su escenario de convergencia y la posibilidad de una palabra colectiva? Esto, sin duda, forma parte de las interrogantes que hoy desvelan a muchos pensadores y a más educadores. Pero, sin adelantar la discusión, lo que es claro es que el proceso a través del cual se ha venido construyendo el conocimiento en el campo de la comunicación, es necesariamente histórico, aunque hoy enfrentemos la encrucijada de los cambios en la transmisión del saber. El problema no radica tanto en el "qué" contarles", sino en "cómo" contarles a las generaciones de relevo, lo que han sido los procesos de configuración del campo de la comunicación.

Una tercera cuestión, es que resulta, analíticamente hablando, imposible separar a los actores de los escenarios, en tanto que uno y otro se corresponden. Ninguna acción social se desarrolla en el vacío, por fuerza se verifica en unos marcos (reales o virtuales) que acotan, definen, prescriben y a veces proscriben, el tipo de acción válida al interior de sus límites (los "antros" exigen unos comportamientos y suponen unas prácticas que no serían válidas al interior de un templo o de un salón de clases o de un auditorio como éste). Lo que nos lleva a otra cuestión, los escenarios no son neutros, ni flotan en el aire, están vinculados o lo llamaremos aquí instituciones sociales: el Estado, las iglesias, la familia, el mercado, los medios de comunicación, etc. Eso significa

que plantearnos la pregunta por los escenarios, nos lleva necesariamente a interrogarnos sobre las formas de organización social que producen escenarios para la acción y que sólo desde una posición absolutamente idealista podrían pensarse como desanclados en el tiempo y en el espacio, lo que no significa que los escenarios no puedan ser efímeros y cambiantes.

En el fondo, lo que todo esto significa es que el tema que nos ocupa es centralmente político.

La vieja configuración de los nuevos escenarios

Si algo puede afirmarse con relativa certeza en el umbral del nuevo milenio, es el de la paulatina pero constante transformación, deslizamiento y desdibujamiento de los escenarios tradicionales de la vida social. La política, por ejemplo, se escapó de los recintos sagrados del poder (el palacio, el congreso, el sindicato, el partido) y estalló en distintos lugares, la calle, la televisión, la casa, haciendo emerger un conjunto de actores sociales cuya novedad reside en el modo en cómo estos nuevos actores se apropiaron de la palabra incauta y de algunos de los símbolos administrados por el poder para reinvertarlos: los movimientos estudiantiles de la segunda mitad del siglo que erosionaron con su presencia la legitimidad de un orden social basado en la autoridad incuestionable de los poderes; la presencia de los lenguajes ingobernables en la televisión y la imagen que se revierte como dispositivo de vigilancia sobre los poderes; el movimiento feminista que señaló en la década de los sesenta "lo privado es político",

• haciendo con ello visible la trama de relaciones de dominación y de violencia en el ámbito de lo privado, en la casa, en las relaciones cotidianas.

• Los escenarios en los que hoy transcurre la vida social no emergen de un día para otro, sino que se trata de configuraciones que expresan procesos de larga duración y de articulaciones múltiples, económicas, sociales, políticas, culturales. Un escenario no es simplemente un lugar, es siempre un lugar significado (De Certeau, 1996), y por lo tanto construido a través de la negociación o la disputa.

• Bajo esta perspectiva, la pregunta por los escenarios de la comunicación tiene dos dimensiones: de un lado, la visibilidad de esos lugares significados en sus concreciones empíricas, los medios de comunicación, la vida cotidiana, la educación, la política. En esta dimensión estaríamos moviéndonos en el plano de las prácticas sociales; y de otro lado, la reflexión de los escenarios que han sido objeto de indagación y de preocupación para los estudios de la comunicación. Estaríamos aquí moviéndonos en el plano del conocimiento.

• Hay una tercera implicación, no menos importante: el uso metafórico de la palabra escenario, para designar “ambientes”, “atmósferas” o “configuraciones sociales” e incluso, situaciones. Se habla por ejemplo, de un “escenario de fin de siglo” o en planificación, se proyectan “distintos escenarios”, cuyo objetivo es el de describir esa trama compleja de relaciones entre actores, sucesos, instituciones, espacios. *Escenario*, adquiere entonces, las connotaciones de una narrativa, que a la manera cinemato-

gráfica, proyecta imágenes en movimiento y, principalmente, configura una “atmósfera” particular: drama, comedia, aventura.

Sobre las implicaciones que para la comunicación tiene esta potente metáfora, me ocuparé más adelante. Ahora, intentemos revisar las correspondencias entre el plano de las prácticas y el de los saberes.

Sabemos que, en términos generales, son las prácticas sociales las que orientan el conocimiento. Pero esto no sucede de una manera automática, ya que el pensamiento de segundo orden, es decir, el que problematiza el sentido común, que es el que aquí nos interesa y que se produce en un tiempo y en un espacio, tiene como tarea fundamental, proveer explicaciones sobre el mundo que mira.

Ello significa que lo que es objeto de reflexión en el campo académico de la comunicación, responde en buena medida a las interrogantes que plantea la sociedad y es esta relación la que permite comprender los cambios, la fuerza con la que se reflexiona sobre algunas temáticas, las coincidencias en diferentes planteamientos o estudios que se realizan en ámbitos separados por distancias geográficas e incluso políticas y, especialmente, la persistencia de algunas discusiones.

Aunque no existe ningún escenario químicamente puro, para efectos de ordenar la discusión, pueden desagregarse los escenarios de la comunicación en tres tipos básicos: los escenarios geopolíticos, los socioculturales y los tecnológicos.

- Los primeros aluden a una definición territorial y política.
- Los socioculturales son aquellos cuya definición tiene como núcleo fundamental las formas de entender y nombrar el mundo desde un lugar social particular.
- Los tecnológicos, se definen por la centralidad de los elementos técnicos que los constituyen.

Pese a lo arbitrario que pueda resultar la clasificación, esta manera de entender los escenarios ha marcado la comprensión de los procesos, prácticas y productos de la comunicación. En un movimiento que va de las dimensiones tecnológicas a las implicaciones geopolíticas.

La consolidación de las tecnologías de comunicación operada a partir de la última mitad de este siglo, aunada al discurso del progreso y a la fascinación por el conjunto de dispositivos modernizadores, convirtió a la tecnología en un escenario clave para la comunicación, bien para adherir o bien para impugnar. La narrativa que organiza la atención en los escenarios tecnológicos, es la tendencia a pensar que quien controla la técnica tiene control sobre el mundo social, lo cual no está lejos de la realidad. Y aun en los discursos más impugnadores como fueron los de la comunicación popular, se sobrestimó el valor de la técnica en detrimento de la cultura; los llamados medios alternativos fueron una respuesta de técnica “pobre” a los medios “ricos e imperialistas”. Prácticas y productos venían marcados de origen, por el lugar técnico de su elaboración.

Fueron los movimientos sociales en su paradójica y eterna ambigüedad, los que vinieron a señalar que algo faltaba en el razonamiento. No es que la técnica no fuera importante o que no estuviera configurando escenarios centrales para la vida social, es que los acontecimientos sociales se empeñaban en demostrar, en el caso de los medios masivos, por ejemplo, que había algo más que una mediación tecnológica y que se expresaba en los usos diferenciales o en ciertos “efectos” no previsibles, es decir, la gente no sólo veía televisión a través de un aparato, o escuchaba la radio o leía la prensa, no sólo se relacionaba con los aspectos técnicos o fabriles de los medios, lo hacía desde un lugar social determinado.

Es decir desde su pertenencia a una matriz cultural. Y los medios, por supuesto eran algo bastante más complejos que artefactos tecnológicos, sin restarle importancia a este aspecto.

Las creencias religiosas, las adscripciones políticas, las identidades culturales, las diferencias en los estratos sociales, la educación, las pertenencias grupales, vinieron a configurar nuevos escenarios para la comunicación. Es decir, nuevos lugares de atención, lugares significativos para pensar la comunicación. Para entender el papel de los medios se hacía necesario entender las múltiples formas de interacción de la gente con esos medios. Es la narrativa de la diferencia cultural la que va a organizar la atención sobre estos “nuevos” escenarios de la comunicación.

Sin minimizar la importancia del descubrimiento de la veta de la cultura para la comunicación, es importante decir que la fasci-

nación acrítica por la diferencia cultural puede convertirse en un argumento muy tramposo cuando se la piensa al margen de los procesos sociales más amplios o independientemente del contexto que la produce. Son los procesos sociopolíticos y paradójicamente, la aceleración de la tecnología, los que van a configurar un tercer escenario, el geopolítico. La globalización, como contexto de la interconexión (desigual y desnivelada, eso sí) entre las diferentes regiones del planeta, vino a poner en crisis la organización tradicional de las coordenadas políticas y geográficas del mundo y con ello, las preguntas de la comunicación.

El mundo como realización de lo local y lo local como expresión de un mundo múltiplemente conectado, van a configurar el escenario complejo de fin de siglo.

El mundo se desterritorializa, es cierto, con respecto al quiebre de un centro con la periferia, con respecto al discurso de un mercado que se globaliza, con respecto a Internet y sus redes virtuales, pero sólo para volver a relocalizarse, a reterritorializarse, es decir a establecer sus nuevas coordenadas de operación.

La reorganización geopolítica del mundo genera nuevas exclusiones, da forma a un conjunto de valores, propone símbolos, da paso a nuevas formas de comunicación y engendra sus mecanismos de dominación. Esto no desaparece el territorio (ni lo convierte en un “no lugar” a la manera de Auge), lo reconfigura.

Si hay algo que va quedando claro es que los “nuevos” escenarios de la comunicación crean fronteras y se trata de procesos que no están allá afuera, que nos

sean ajenos y lejanos.

Si pensáramos que una vez que todo terminara, por ejemplo allá por el 3001 para ser consecuentes con la atmósfera milenarista, apareciera una nave con arqueólogos extraterrestres, cuya misión fuera la de descifrar los escenarios en los que transcurrió la vida de esa civilización, y si procedieran con una lógica análoga a la nuestra, seguramente investigarían, después de haber estudiado el cuerpo humano como el dispositivo más revelador, los artefactos de esa civilización, emprenderían luego el estudio de los “documentos” disponibles, un discurso del presidente Zedillo, la fotografía de las indígenas mayas enfrentándose al ejército, el manual para el pecador arrepentido “Juventud en Extasis” de Cuauhtémoc Sánchez, el CD “Clandestino” de Manú Chao, los monitos de trino y con todo ello tratarían de reconstruir el conjunto de relaciones sociales y el mundo como escenario de su expresión.

Lo que esta pequeña licencia narrativa me permite, es afirmar que un escenario es la expresión no inocente de un conjunto de elementos múltiplemente relacionados y en interacción dinámica: un marco que lo delimita, unos sentidos sociales que lo definen y unos soportes que lo concretan. Podemos enfatizar en cualquiera de estos elementos a condición de no minimizar la importancia de los otros “componentes”.

Por ello es necesario entender las viejas configuraciones de los nuevos escenarios, lo que significa ante todo, historizar nuestra comprensión de los procesos comunicativos.

La nueva presencia de viejos actores sociales

Ni las mujeres, ni los indígenas o los jóvenes, los homosexuales o los consumidores, los migrantes o los movimientos ciudadanos, son propiamente nuevos actores sociales, lo que de alguna manera es nuevo es la visibilidad y protagonismo que estos actores sociales adquieren en la vida contemporánea. Se trata de "presencias" que han venido a modificar las relaciones sociales y el orden tradicional de la sociedad, no por el hecho de hacerse visibles, sino porque, al ser portadores de otras maneras de entender el mundo, cuestionan, de fondo, el acuerdo social.

La idea que voy a plantear puede ser motivo de discusión, pero estoy convencida, convencimiento anclado en varios años de investigación empírica, de que es la lealtad negada, es decir, los que siempre fueron "los otros", el otro marginal, el otro subordinado, los que han venido a poner en crisis la sensibilidad, los esquemas de pensamiento, las formas de organización en un mundo que optó por una racionalidad "blanca", "masculina", "adulta", "heterosexual" y "sedentaria", por señalar algunos de los parámetros de las representaciones dominantes.

La voz, crecientemente audible, de los movimientos indígenas que reivindican su derecho a la diferencia en la igualdad, de las mujeres que acceden al espacio público, de los jóvenes que burlean la vigilancia y el control a través de sus prácticas, de aquellos que defienden el derecho a una preferencia sexual por fuera de los manuales del buen comportamiento y el nomadismo (geo-

gráfico, político, laboral) no sólo como una forma de vida sino como una alternativa de respuesta a las brutales condiciones de exclusión derivadas del sistema económico y político, irrumpen en la escena pública y colocan un conjunto de temas que vuelven evidente la debilidad de un pacto social excluyente.

Lo que resulta, en este nivel, pertinente y relevante para la comunicación, son entonces los proyectos de que son portadores esos actores sociales o esas nuevas presencias en el espacio público. Al volverse visibles otras representaciones, otras sensibilidades y especialmente, otros proyectos sociales, se operan dos rupturas muy importantes, una en el plano del espacio mediático y otra en el plano de la socialidad: en el primer caso, se fisura el monopolio de la "voz legítima" y aunque sea por afanes de raiting, los medios deben abrirse al conjunto de expresiones sociales que conquistan espacios paulatinamente; en el segundo caso, se crean y se fortalecen redes sociales en las que la comunicación deja de operar en sentido vertical para constituirse en un recurso fundamental para la construcción de una ciudadanía activa.

Lo que estas rupturas tienen en común es propiciar una atmósfera comunicativa, es decir, un escenario, en el que resulta cada vez más difícil "invisibilizar", "descalificar" o "folklorizar" el conjunto de voces que han estado proscritas del espacio público. Por ejemplo, el movimiento indígena en el país, ha vuelto ineludible la discusión sobre el proyecto de nación; el fuerte debate en torno a la manipulación de la lucha zapatista por parte de "oscuras fuerzas" internacionales o

nacionales, que dejaba entrever el argumento de que los indígenas son incapaces de pensar y hablar por sí mismos, es cada vez más insostenible; y finalmente la representación romántica o miserabilizada del indígena del que se rescata su valor como "patrimonio histórico" o por lo "típico" de sus comidas y de sus trajes, es una operación discursiva cada vez más criticada.

Esto no significa de ninguna manera que todo sea afirmación democrática de cara a una sociedad más incluyente y mucho menos, que lo que aquí he llamado "nuevas presencias" para aludir a una forma de visibilidad de ciertos actores sociales que significan un ensayo titubeante de esquemas comunicativos inéditos, sea un proceso sin conflictos. Por el contrario, hablar de actores de la comunicación en el contexto que tratado de esbozar antes, obliga necesariamente a pensar que no todas las emergencias son democráticas y que junto a las mujeres, los jóvenes, los indígenas, los movimientos ciudadanos, los defensores de los derechos humanos, emergen, en el sentido de que se hacen visibles, otro conjunto de actores que, desde sus propias posiciones, luchan por defender su o sus proyectos sociales: los fundamentalismos de cuño religioso o político, en concreto, los defensores de la moral pública; los productores, comentaristas, periodistas, locutores matutinos y nocturnos que pontifican o vociferan desde sus tribunas para impulsar o descalificar creencias y acciones; los promotores del endurecimiento de la violencia "legítima", bajo el argumento de que sólo la "mano dura" es capaz de sacarnos de la situación de inseguridad en la

que nos encontramos; y, por supuesto, de manera importante, los medios de comunicación que son hoy actores de peso completo en la lucha por la definición de los proyectos sociales.

Lo que esto significa en términos del mapa que habrá de orientar las preguntas de la comunicación en el próximo siglo, es que nunca como hoy se hizo más urgente una capacidad nomádica que permita seguir las configuraciones sociales en el curso de la misma acción y una capacidad de nuevas síntesis que permitan a profesionales y estudiosos de la comunicación integrar saberes diversos que hagan hablar a la "comunicación", ahí donde ella se encuentra: camuflajeada en el *graffitti* en el muro de una ciudad cualquiera, allá donde el silencio de las mujeres indígenas frente a "los ejércitos", revela más que cualquier discurso; ahí, donde Federico Wilkins, chaman televisivo, reinventa la estética de la violencia, acá, en el desafío cotidiano que las jóvenes generaciones le plantean a los desconcertados profesores aferrados al "grado xerox" de la lectura como diría Monsiváis; en los esfuerzos cotidianos también, de esos profesores por encontrar puntos de contacto con estas generaciones; en el dolor de los que fueron rebasados por la historia; en las consignas, los símbolos, las marcas y cicatrices que cada movilización social despliega para testimoniar la continuidad de la historia; en los modos distintos en que las audiencias se relacionan con los medios; en las estampitas del Papa y la Lupita en las bolsas de papitas; en los corridos que narran las aventuras del Señor de los Cielos; en el fervor con el que una familia re-

cibe bendiciones por televisión; en la ofrenda de chorizos que el español Manuel Vázquez Montalban, transporta a lomo de caballo por la selva chiapaneca para el "Sup" Marcos y su escudero Durito, protagonista de peripecias ciberespaciales; en fin, en las canciones de Manú Chao, testimonio empírico de la otra globalización.

Si la política abandonó desde hace rato ya, los recintos consagrados, si la cultura es cada vez más difícilmente asible a partir del origen, si la economía define las agendas sociales, es indudable que la comunicación ha roto la "probeta", lo que implica que la responsabilidad de los comunicadores es hacerse cargo de las proteicas formas que ella adopta en el devenir de la historia.

Hablar de "nuevos" actores de la comunicación, tiene el riesgo de pensar que hay un "antes" y un "después", perfectamente delimitados, cuando el desafío para la comunicación estribará siempre en pensar y hacer, desde un "durante".

Empresa difícil resulta hacer un "corte de caja". Desde dónde definir lo que es nuevo, quién traza la sutil frontera entre lo viejo y lo nuevo. Lo que importa es entender que toda nueva presencia tiene su historia y es el resultado de procesos sumamente complejos, lo que significa que los actores de la comunicación son y serán siempre deudores de procesos que los trascienden: uno es siempre más que un televidente, siempre más que un militante, más que un grafitero o un periodista, es decir, no es posible entender la comunicación al margen de la trama social más amplia.

Hace más de diez años, Jesús Martín Barbero (1987) dijo que para investigar la comunicación, había que "perder el objeto, para ganar el proceso", creo que hoy, estamos en condiciones de pensar y entender los procesos sin que haya necesidad de perder el objeto.

Horizontes abiertos

De lo local a lo global, de los medios a la calle, de la ciudad al ciberespacio, del aula al concierto de rock, de los migrantes a las comunidades tradicionales, de los creyentes a los consumidores, de los jóvenes a las mujeres, de los televidentes a los votantes, entender hoy los escenarios en los que transcurre la comunicación y a sus protagonistas, pasa por entender los regresos, las rupturas, las continuidades, las mutaciones, que la dinámica social trae aparejados.

El debilitamiento de las instituciones que la modernidad levantó frente al reacomodo de las fuerzas que operan en un contexto globalizado, configura un escenario de disputas y negociaciones. Creo que la gran pregunta para la comunicación se ubica en la tensión entre el sistema y el actor, es decir en el conjunto de mediaciones que organizan la socialidad y el poder, en el modo en que la sociedad reconstruye y mantiene el pacto colectivo.

Hace algún tiempo, Carlos Fuentes utilizó la metáfora de dos poderosos trenes a punto de chocar, para referirse a la situación por la que atraviesa México en su proceso de transición democrática. De un lado, el tren del autoritarismo y de los privilegios; de otro lado, el tren de la democratización y de los excluidos. Esta

metáfora puede utilizarse con igual potencia para visualizar la tarea de una comunicación que se hace cargo de la complejidad del México y del mundo contemporáneo.

La invocación creciente a un poder autoritario que sea capaz de imponer controles absolutos para resolver la crisis estructural y la debilidad de las normas y las instituciones legales, se objetiva en unos discursos y en unas prácticas excluyentes y al mismo tiempo en el repliegue y desentendimiento de lo público. Un tren que adquiere mayor velocidad cada día, disminuyendo con ello la posibilidad de frenar. De otro lado, la invocación a la diferencia, al tribalismo, al enclaustramiento identitario, a un comunitarismo defensivo a igualmente fluyente, que se hace visible en la ausencia de mediaciones que hagan posible la interacción de la diversidad. Un tren al que se suben día con día, grupos que no encuentran en la esfera pública mínimas garantías de sobrevivencia, ya no se diga de respeto a su diferencia.

En el medio, un espacio público vaciado de utopías, simulado por las voces del mercado, banalizado por los simulacros de representación y participación.

¿Es ese espacio público, suficiente barrera de contención para evitar el choque? ¿Hay suficiente tejido social para amortiguar el impacto?

No hay respuestas unívocas. Lo que para mí resulta claro, es que cualquier acción a favor de lo público, de la interacción comunicativa entre grupos diversos, de fortalecimiento del tejido social, es necesariamente una acción a favor de una sociedad multicultural que haga posible la

comunicación entre individuos y grupos social y culturalmente diferentes, con correspondencia entre los derechos culturales y los derechos políticos.

Es bajo esta perspectiva que adquiere sentido la pregunta por los actores y los escenarios de la comunicación, de cara al fortalecimiento de un espacio público que no sólo dé un lugar (en el sentido de la tolerancia) a las voces reprimidas y a los actores descartados por "inviabiles" en el proyecto modernizador, sino que sea el resultado del acuerdo colectivo entre las distintas voces, ninguna de ellas descartable, pero tampoco asimilable. Conjurar la colisión desde la palabra diversa y colectiva.

Hacer la historia de las presencias y los lugares de la comunicación es romper con una concepción instrumental y acercarse a un pensamiento crítico. No se trata de contar estadísticas sobre quiénes hablamos, ni tampoco de elaborar frecuencias sobre los lugares válidos, donde sí habría comunicación. Se trata en cambio, pienso, de hacer la crítica de nuestra propia capacidad de interrogarnos sobre el mundo y de actuar en él. No solamente desde nuestra inteligencia y recursos académicos, sino también desde nuestra sensibilidad para captar los grandes y pequeños movimientos y seguirles la pista, a la manera de potentes sismógrafos sensibles a la palabra y al silencio.

La configuración de los escenarios de la vida social, la disputa por la visibilidad, las estrategias de dominación, la aparente omnipotencia del mercado, el protagonismo de los grandes medios de comunicación, simultáneo al fortalecimiento de las

redes y otros "lugares" de la comunicación, exigen que el pensamiento se mueva en múltiples direcciones. El movimiento es un buen antídoto contra las tentaciones de las microetnografías que eluden las relaciones de fuerza objetivas que operan en la comunicación y al mismo tiempo, contra los macroanálisis que tienden a confundir los "indicadores" con los "actores". El movimiento es centralmente un antídoto contra el dogmatismo.

En la travesía de lo que ha sido, lo que está siendo y lo que será, quiero pensar con ese trovador del asfalto que es Jaime López, que "sólo los dogmáticos se van al infierno". ○

Bibliografía

- Chambers, Iain (1995): *Migración, cultura, identidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- De Certau, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano*. UIA/ITESO, México
- Fuentes, Carlos (1994): *El nuevo tiempo mexicano*. Aguilar, México.
- Fuentes Navarro, Raúl (1998): *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. ITESO/Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (1997). "Retos disciplinarios y postdisciplinarios para la investigación de la comunicación", en *Comunicación y Sociedad* 31, septiembre, diciembre. DECS, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Martín Barbero, Jesús (1994): *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación, en Ciudad y cultura. Memoria, identidad y comunicación*. Universidad de Antioquia. Medellín.
- (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili, México/Barcelona.
- Mattelart, Armand y Michel Mattelart (1997): *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós Comunicación, Barcelona.
- Orozco, Guillermo (1997): "Tendencias generales en la investigación de los medios. Un encuentro pendiente", en *Comunicación y Sociedad* 30, mayo-agosto. DECS, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

Reguillo, Rossana (1997): "El oráculo en la ciudad: creencias, prácticas y geografías simbólicas. ¿una agenda comunicativa?", en *Diálogos de la Comunicación* 49, FELAFACS, Lima.

— (1997). "Más allá de los medios, diez años después", en *Comunicación y Sociedad* 30, mayo-agosto. DECS. Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

— (1995): *Pensar la ciudad desde la comunicación. Un ejercicio necesario*, en Jesús Galindo y Carlos Luna (coords), *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. ITESO/CNCA, México.

Touraine, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*. FCE, Buenos Aires.

Nota

Por una omisión involuntaria, en el número 1 de *Lúmina*, Revista de la Universidad de Colima no apareció el nombre de la coautora del artículo titulado: "La bruma, los incendios forestales y la fase madura del evento niño de 1997-1998*", MYRIAM CRUZ CALVARIO.

